

hemos examinado, son las últimas que de Ella nos refiere el Evangelio; en esto descubrimos un misterio que nos habla al corazón; su silencio nos indica que María siempre está rogando por nosotros al Señor, porque es el refugio de los pecadores, el consuelo de los afligidos, la salud de los enfermos, el auxilio de los cristianos. ¡Cuán buena es para el mundo esta tierna y compasiva Madre! Si el hombre alguna vez contempla su bondad y los continuos desvelos con que sin cesar le cuida, el interés que toma por su bien, ¿podrá dejar de amarla? Y si acaso así sucede, por desgracia, entonces, ¿para qué llevar el corazón dentro del pecho? Mas no: el hombre la ama, y al mentarla inclina humilde la cabeza, y arroja hasta su trono un suspiro ternísimo de amor en que le manda el alma entera.

¡Oh, buena y compasiva Madre, cuyo corazón está siempre lleno de piedad, inagotable fuente de clemencia: en Ti, después de Dios, están las esperanzas de salvarnos, porque Tú eres quien nos trae todos los bienes de los cielos, y el Señor te ha constituido universal depositaria de las divinas gracias! Ruega por nosotros á tu Hijo; ¿quién como Tú conoce las miserias del corazón de los mortales? Nos falta el vino del amor de Dios. No más una palabra que digas á Jesus nos obtendrá el remedio de esa gran necesidad. No temas que su labio vuelva á pronunciar lo que os dijo allá en Caná. Tu voz es para el Señor muy agradable, y tus ruegos nunca son desatendidos; por esto, en Ti confiamos, Santa Madre, y nunca seremos confundidos.

## CAPÍTULO XIII.

MARÍA SIGUIENDO AL DIVINO SALVADOR.

§ I.



UNA dulce voz hablaba sin cesar al corazón de Jesucristo: voz nacida del más profundo y acendrado amor que podía salir de una criatura, la más perfecta y santa que Dios ha criado; y esa voz decía: «Atráeme en pos de Ti, y correremos al olor de tus aromas» (1). El admirable amor que la Virgen sin mancha tenía al Hijo de su seno, era el que le hacía de continuo suspirar por su presencia; ¿cómo poder vivir sin Él? ¿No es Jesús la vida de su Madre? Mas el Divino Salvador anda ya por las aldeas y las ciudades predicando el reino de Dios, y recorriendo la Galilea y la Judea. Es, por tanto, indispensable que María siga á Jesús en su predicación: las vírgenes siguen al Cordero doquiera que vaya (2). ¿No es Ella la Reina de todas las vírgenes? Busquemos, pues, á nuestra Madre una y otra vez, entre las turbas que van en pos de Jesucristo, ó bien escuchan su palabra. No creamos, sin em-

(1) Cant., I, 3.

(2) Apoc., XIV, 4.

bargo, que desde luego podremos dar con Ella, ó que el brillo de su gloria nos descubra dónde esté. En su vida pública el Hombre Dios debe llenar el mundo con la luz de su grandeza. Él es el verdadero sol que en el cenit de su carrera oculta las estrellas con su viva y hermosa claridad.

Hé aquí por qué se nos habla tan poco de la Santa Madre durante el período de la vida del Señor á que nos referimos; con todo, la hemos de hallar por más que, oculta y siempre humilde, pudiera escapar nuestras miradas: el amor no se engaña: tiene un admirable instinto para ir directamente encaminado al objeto que ama: se pone detrás de la pared, mira por las ventanas, atisba por las celosías, habla á su amada con las más dulces expresiones: la dice que le muestre su rostro, que suene su voz para oirla (1). ¿Podrá permanecer indiferente nuestra Niña al escuchar tan tiernas y abrazadas expresiones? Descubrirá, por lo mismo, su semblante y escucharemos su apacible voz. Mas si no lo conseguimos, nos queda otro recurso todavía: seguir sus huellas. Ella siempre anduvo por las benditas sendas de la pobreza y la humildad, las que dejó embalsamadas de agradable y celestial fragancia.

¿Cuáles son los motivos por que María va siguiendo al Hombre Dios en su predicación? Ved aquí los principales:

La Santa Madre tiene que secundar, en todo lo que á Ella corresponda, la misión de Jesucristo. Sabe que el Señor ha venido á redimir al mundo,

(1) Cant., II, 9, 14.

y que antes de su muerte le ha de enseñar su celestial doctrina. María, sin embargo del amor inmenso que le tiene, no ha de ser quien embarace el cumplimiento de la terrible voluntad del Padre. Que Pedro diga á su Maestro: «Señor, de ningún modo: no, no ha de verificarse eso en Ti» (1), no es extraño; aun no está bien iluminado; ni conoce que la suprema voluntad de Dios debe ser obedecida con profunda y humilde adoración: para eso, sin embargo, no hay lugar en la Sagrada Madre, que es el trono de la eterna sabiduría; que ha vivido siempre en medio de la luz, y llena del Espíritu Divino desde el primer instante de su sér. Mas ¿de qué manera podrá la Santísima Señora secundar la misión de Jesucristo? Su Majestad ha dicho: «Yo solo he pisado el lagar, sin que nadie de entre las gentes haya estado conmigo» (2). Ciertamente que María no derramará su sangre por salvarnos, ni apurará tampoco, en lugar de Jesucristo, el amargo cáliz de la muerte; sin embargo, formará en torno de su Hijo como una oscura nube que le oculte cuando así convenga; ó bien, vistiéndose de luz, lo manifieste en la gloriosa majestad del Hijo de Dios vivo.

Jesucristo vino al mundo anunciándose como Hijo del Eterno, y mostrándolo con sus obras, su celestial doctrina y su conducta; y con todo, el Señor, en otro tiempo, había dicho á un Profeta: «Dirás á ese pueblo: «Oiréis y más oiréis, y no querréis entender, y veréis lo que presento á

(1) Matth., XVI, 22.

(2) Isa., LXIII, 3.

«vuestros ojos, y no querréis hacerlos cargo de ello. Embota el corazón de ese pueblo, tapa sus oídos y véndale los ojos» (1). Esto dijo Isaías cuando vio la gloria de Jesús y habló de su persona (2). La indistinta y absoluta manifestación del misterio de Jesucristo al presentarse como el enviado del Señor, no hubiera sido conforme á la economía del plan divino. Incrédulos, rebeldes muchos de los suyos, ¿habrían acaso conseguido por sus mismos crímenes la abundancia de los dones celestiales? Por otra parte, esto ¿no profanaría la santidad de aquel misterio? «No deis á los perros las cosas santas, dijo el Divino Salvador, ni echéis vuestras margaritas á los cerdos, no sea que las huellen y se vuelvan contra vosotros y os despedacen» (3). Á pesar de todo, el sol divino, que ya brillaba en el Oriente, no podía, por decirlo así, ocultar los rayos de su hermosa y viva luz; pero ésta volvía más densas y profundas las tinieblas de los que no quisieron creer en Él: su inmenso resplandor los deslumbraba.

Manifiéstanos lo dicho, cómo el misterio de la Santa Virgen está en sí mismo lleno de sabiduría y de veneración hacia la adorable persona de Jesús. Ved lo que nos dice el Evangelio: «Fué Jesús á su patria, y le seguían sus discípulos; llegado el sábado, comenzó á enseñar en la sinagoga, y muchos de los oyentes, admirados de su sabiduría, decían: «¿De dónde saca Éste todas estas cosas, y

(1) Isa., VI, 9, 10.

(2) Joann., XII, 41.

(3) Matth., VII, 6.

«qué sabiduría es ésta que se le ha dado, y de ¿dónde tantas maravillas como obra? ¿No es Éste aquel artesano Hijo de María?.....» Y estaban escandalizados de Él (1). Hé aquí á María, envolviendo en su condición humilde al Salvador del mundo. ¿Dónde está el Hijo de Dios, ó quién conoce las maravillas de la Encarnación, la estrella de Belén, los ricos presentes de los Magos, y tantas otras grandezas que revelaban la gloria de Jesús? Hoy su Majestad se deja ver como un pobre artesano, Hijo humilde de una humilde Madre. ¡Ah! El Señor, en otro tiempo, exclamó diciendo: «Yo te glorifico, Padre mío, Señor de cielo y tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas á los sabios y prudentes del siglo, y las has revelado á los pequeñuelos. Sí, Padre mío, alabado seas por haber sido de tu agrado que así fuese» (2).

Tal es la obra de María: glorificar al Padre; hacer que Jesús le bendiga y le dé una infinita gloria. Dios ha ocultado la profundidad de sus misterios á los soberbios y á los incrédulos; pero se ha servido del ministerio de María, cuya humildad desconcierta y confunde á los indignos.

Jesucristo dijo en otro tiempo á los judíos: «¿No habéis leído jamás en las Escrituras: «La piedra que desecharon los fabricantes, esa misma vino á ser la clave del ángulo?» El Señor es el que ha hecho esto, y es una cosa admirable á nuestros ojos..... Quien cayere sobre esta piedra, se hará pe-

(1) Marc., VI, 1, 3.

(2) Matth., XI, 25, 26.

dazos, y ella desmenuzará á aquel sobre quien cayere» (1). Una cosa parecida sucede respecto de María: si la quitamos del lugar que ocupa en la economía de la divina Encarnación, ¿dónde está Jesús? Si no queremos reconocerla en toda su grandeza, mas decimos con los judíos: «¿No es Jesús aquel artesano Hijo de María?» tendremos el mismo resultado. El mundo se desploma, extingüese la luz, y reina la más triste confusión.

Mas ¿será posible que esa bendita nube de que hablamos hace un instante, y que hemos visto cual instrumento de la terrible justicia del Señor, no se cambie en apacible y bienhechora, y derrame sobre nosotros las gracias celestiales? ¿No es Ella, por ventura, por quien siempre recibimos la amable misericordia del Señor en tiempo de tribulación, cuya misericordia es comparada con la nube que se deshace en agua en tiempo de sequía? (2).

Allá en el Tabor, una nube resplandeciente cubrió á los que en él estaban, y se oyó una voz que decía: «Este es mi querido Hijo, en quien tengo todas mis complacencias» (3). Esa voz fué la del Padre, que glorificaba á Jesucristo. Si queremos evitar los inconvenientes arriba mencionados, y alcanzar por medio de María la gracia y la piedad, es indispensable volver á oír las mismas palabras que se han dicho; mas no será quien las diga el Padre de Jesús, sino la Santa é Inmacu-

(1) Matth., XXI, 42, 44.

(2) Eccí., XXXV, 26.

(3) Matth., XVII, 5.

lada Virgen, nube resplandeciente, sobre la cual dijo un profeta que Jesús entraría en el Egipto (1). Y entonces, ved en un instante cambiado en la virtud de Dios el escándalo que ocasionó á los incrédulos la humildad de nuestra Niña, y en hermosa y apacible luz, las tinieblas tristes y pesadas que envolvían á los judíos.

Mas ¿de qué manera puede la humilde Madre del Señor darlo á conocer como Hijo del Eterno? Que abra sus sagrados labios, que nos revele las maravillas que Dios ha obrado en Ella, que nos deje contemplar la purísima luz de sus pupilas de Virgen inviolable, y nos descubra su inocente y sagrado corazón; y después, mostrándonos su Hijo, nos diga: «Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo toda mi complacencia.» ¿Quién, después de esto, podrá ignorar que es María aquella Santa Virgen de la cual anunció el Profeta, que había de concebir y dar á luz un Hijo cuyo nombre sería Emmanuel, Dios con nosotros? (2).

Preciso es, por lo mismo, reconocer la incomparable grandeza de María, su inefable unión con Jesucristo. ¡Cuán perfectamente corresponde á los designios del Altísimo, cooperando en todo á su santa voluntad!

Los judíos son los que la han despreciado; mas ¿qué diremos al leer este pasaje del Evangelio? Todavía Jesús estaba predicando al pueblo, y hé aquí su Madre y sus hermanos estaban fuera, que

(1) Isa., XIX, 1.

(2) Isa., VII, 14.

le querían hablar. Por lo que uno le dijo: «Mira que tu Madre y tus hermanos están allí fuera preguntando por Ti.» Pero El, respondiendo al que se lo decía, replicó: «¿Quién es mi Madre, y quiénes son mis hermanos?» Y mostrando con la mano á sus discípulos: «Estos, dijo, son mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre» (1). Si tan importante es la presencia de María en el misterio de Jesucristo, según tenemos visto, ¿cómo el Divino Salvador la desconoce delante del pueblo que escuchaba su celestial doctrina? La Santa Madre, ardiendo en llamas del divino amor, deseaba ver y hablar á su Hijo (2); y ¿puede Su Majestad responder de esta manera á su cariño, ó podrá por ventura, despreciar acá en el mundo, á la Niña encantadora, cuyas gracias le hicieron bajar desde los cielos? (3).

Quien así se acerca á interrumpir á Jesucristo en el sermón, tiende un lazo á su virtud divina (4). Quiere despertar en el corazón del Salvador los afectos de la carne y de la sangre, para ver si éstos pueden impedirle cumplir su celestial misión.

El Señor había reprendido fuertemente á los judíos en esa vez, llamándolos raza mala y adúltera, raza de víboras; añadiendo que los Ninivitas se levantarían el día del juicio en su contra, y los

(1) Matth., XII, 46, 50.

(2) Titus., in Catena. Luc., 8.

(3) Guerricus, Serm. 4. In Assump. B. Mariæ.

(4) Hieron., hic.

condenarían: ¿quién de entre ellos podía escuchar serenamente tales expresiones? Sírvense, pues, de la llegada de su Madre y sus hermanos, para impedirle que continúe sus terribles amenazas (1).

Mas demos que con la intención mejor se le haya dado á Jesucristo el aviso de que su Madre y hermanos lo buscaban; ¿pudiera haber respondido de otra suerte? El Maestro de toda santidad y perfección había venido á establecer el reino de Dios, poniendo sobre todo amor, el amor del Padre celestial, pero es necesario que á sus palabras añada sus ejemplos, pues aquel reino no está en la palabra, sino en la virtud (2).

Las palabras de Jesucristo contenían un gran misterio; la presencia de María viene á darle explicación y complemento. Un instante cubramos su persona con un velo de respeto, para ver en Ella solamente la representación que viene á sostener.

El Evangelio nos ha dicho que la Madre de Jesús estaba fuera: según la letra, nada más cierto que lo dicho; mas según el espíritu, ¿está fuera la Madre del Señor, ó no? Más bien que á Ella, tales expresiones se refieren á lo que el Señor dijo en otro tiempo: «Veréis á Abraham, y á Isaac, y á Jacob, y todos los profetas en el reino de Dios, mientras vosotros sois arrojados fuera» (3). Hé aquí la vocación de los gentiles, figurados en

(1) Sylveira, hic.

(2) I Cor., IV, 20.

(3) Luc., XIII, 28. Tertull. De Carne Christi, C. 7.

esas turbas que escuchaban la palabra de Dios, y las cuales tan cerca estaban de Jesucristo.

Los judíos no han querido entrar en la Iglesia, sino que han permanecido fuera: ¿no es, por lo mismo, de toda justicia, que el Divino Salvador, sin embargo de ser descendiente de David, desconozca á la sinagoga que no le recibió, y llame al pueblo de los gentiles que escuchó su voz divina? «Tú, Dios mío, dijo el Rey Profeta, hablando en persona de Jesús, me librarás de las contradicciones del pueblo; Tú me constituirás caudillo de las naciones. Un pueblo á quien yo no conocía, se sometió á mi dominio; apenas hubo oído mi voz, me rindió la obediencia. Los hijos míos, hijos bastardos, me faltaron á la fidelidad; han caído en la vejez y caducado como hijos bastardos; iban tropezando fuera de sus sendas» (1).

Ved aquí, pues, el gran misterio que contienen las palabras del Señor: «¿Quién es mi Madre?» De ninguna suerte desconoce á la feliz Criatura que lo llevó en su seno; ¿cómo, en efecto, negar que era su Madre, cuando por Madre tiene á quien no lo era? Extiéndese hacia nosotros esa prerrogativa de su amor; y ¿pudiera rehusarla á la Inmaculada y Santa Virgen? (2).

Aun hay otra enseñanza en las palabras de Jesús. Sin embargo de hallarnos en la Iglesia y gozar los favores del Señor, ¿de qué nos servirán esas gracias, si no correspondemos fielmente á lo

(1) Ps. XVII, 44, 46.

(2) Tertull., L. 4. Contra Marc., c. 9.

que pide de nosotros el Señor? Nadie fué tan íntima y familiar á Jesucristo, como la Santa Virgen, y con todo, su gran fidelidad es la que ilustra cuantos dones ha recibido del Señor, de quien, por esto mismo, alcanza los elogios más brillantes: «Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa; huerto cerrado, fuente sellada con el sello de la Trinidad.» Y María, mejor que nadie, ha contestado á su Divino Esposo: «Venga mi Amado á su huerto, y coma del fruto de sus manzanas» (1). Mas si queremos referir á la Santa Madre las palabras dichas, veremos desde luego el inmenso amor que Jesús tiene á la Iglesia. Había dicho el Salvador, que el hombre dejaría su padre y madre y se uniría con su mujer (2); y ved aquí que en sí mismo cumple su palabra: «Sacramento es éste grande; mas yo hablo con respecto á Cristo y á la Iglesia» (3). ¡Cuán grande es, por lo mismo, el amor que Jesús nos tiene! Esto nos lo indican sus palabras; mas sobre todo, lo convencen sus ejemplos: dejó á su Santa Madre, y se ocupó en llamar á los gentiles, por quienes entregó su propia vida. Pero no paséis de esto; en sus palabras mismas nos revela un acendrado é incomprensible amor: pone sobre el cuello de sus hijos los más preciosos vínculos, y les da los nombres más amados: serán su Madre, sus hermanos y hermanas, derramará sobre ellos todos sus afec-

(1) Cant., IV, 12. V. Hieron., Serm. de Assump.

(2) Marc., XVII.

(3) Ephes., V, 32.

tos, uniéndolos consigo con el más estrecho y sagrado parentesco (1).

¿Podrá lo dicho menguar las glorias y excelencias de la Santa Madre? De ninguna suerte, que antes las palabras de Jesús descubren el resplandor de una grandeza que, sin ellas, tal vez no hubiera brillado tan pura y bella á nuestros ojos en la frente de María. En el interior está la principal gloria de la Hija del Rey, que se trasluce en medio de las orlas de oro (2). Los hombres, atraídos por las grandezas exteriores, no conocen todo el mérito que encierra la grandeza que escapa su mirada, y que brilla, sin embargo, purísima y hermosa delante del Señor.

¿Quién, por otra parte, se atreviera á entrar en ese gran Santuario de las maravillas del Eterno, si Dios mismo no lo lleva de la mano? Mas bendito sea el Señor, que al decir: «Cualquiera que hiciera la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre», nos ha internado en las más bellas y gloriosas regiones de las grandezas de María, donde brilla en todo su esplendor su divina y celestial virtud. Levantamos los ojos, y por todas partes no vemos otra cosa sino la santidad de Dios, la gloria del Altísimo, la voluntad del Padre.

María, en efecto, es en quien Dios ha reunido todo esto; mas sólo se trata de lo último; y preguntamos: ¿Quién como la Inmaculada Virgen

(1) Sylveira, hic.

(2) Ps. XLIV, 14, 15.

cumplió jamás la voluntad divina? ¿Quién como Ella pudo decir al mismo Dios, llena de una humildad que el hombre no comprende, tan profunda y santa como sincera en su expresión: «Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí tu voluntad sagrada»? ¿Hubo acaso en Ella la más ligera resistencia alguna vez á lo que Dios mandaba? Mas ¿cómo hacer estas preguntas, cuando Dios le da por nombre: «Mi voluntad en ella..... Porque el Señor puso en Ti su complacencia..... Y se gozará tu Dios contigo»? (1).

Las palabras del Divino Salvador no han hecho, por lo mismo, sino alzar el velo que cubría los más preciados tesoros que formaban la principal riqueza de la Inmaculada Virgen, ocultos antes á nuestras miradas. Queda el hombre sorprendido al contemplar, en cuanto le es dado, la inefable operación del Espíritu Divino en el purísimo seno de María; mas ¿cuál será su encanto y la sorpresa que lo embargue al pensar que ese mismo Espíritu había llenado de antemano en tanto grado el alma de María, que su plenitud hizo fecundas sus entrañas virginales; que Ella, la Virgen singular, dió á luz, cubierta de su carne, la Sabiduría, que antes concibiera en su alma pura? (2). Así es como se presenta delante de nosotros, por dos veces Madre de Jesús. Nace el Verbo una sola vez en el seno del Eterno, porque el entendimiento del Padre es infinito, y se ocupa enteramente en su infinito Verbo: no hay lugar

(1) Isa, LXII, 4, 5. Guerricus, Serm. 4, in Assump. B. M.

(2) D. Bernard., Serm. De divers., 52.

para otro hijo, porque Aquel, divino y único, lo llena todo. No sucede así respecto de María: llena está de Dios su alma santa; mas, con todo, hay lugar para ese mismo Dios en el seno virginal de la que es bendita entre todas las doncellas, y lo será también entre todas las madres de los hombres (1).

¡Admirable grandeza de María, poder casi infinito de la gracia que el Señor le ha dado! La voluntad manda en el alma; mas ¿cómo podrá, descendiendo, por decirlo así, hasta el seno de María, derramar en él la virtud que le dé fecundidad? La inmaculada y santa Niña dijo al ángel del Señor: «Hágase en mí según tu palabra», y el Verbo se hizo carne (2).

Cuando, pues, el Salvador ha dicho: «¿Quién es mi Madre?» sin disminuir un punto la grandeza de María, hácenos reflexionar que admiramos la consecuencia solamente, y no el principio, de todas las maravillas y excelencias de María. ¡Cuán admirable y excelsa se nos deja ver desde este punto nuestra gloriosa y muy amada Niña! Antes, al contemplarla solamente como Madre del Señor, á quien dió su carne virginal, descubríamos que llenaba el mundo su grandeza; hoy, al verla inundada en el inmenso piélago de la divina luz, y derramándola por todas partes, no tenemos expresiones para decir cuán admirable se presenta á nuestros ojos; y la pobre inteligencia del mortal siéntese desfallecida cuando, al ha-

(1) De Barbertis, hic.

(2) Idem.

cer sus últimos esfuerzos, descubre todavía elevadísimas alturas, bañadas de nuevos y más bellos resplandores que lo deslumbran; alturas que llegan hasta el trono del Señor, cubiertas siempre de divina gloria (1). Bajemos nuestros ojos, y humildes adoremos al Eterno en la más excelente de sus obras. Como la miel daña á los que comen de ella en demasía, así, el que se mete á escudriñar la majestad de Dios, será oprimido del peso de su gloria (2). Encantados nosotros con la celestial belleza de María, atraídos por el amor que la tenemos, íbamos subiendo alturas sobre alturas, y bien hubiéramos querido llegar hasta su trono y estrecharla con inmenso amor en nuestros brazos. Al pensar en Ella, el mundo entero quédase olvidado: un solo pensamiento nos ocupa: es ella misma: un solo afecto nos llena el corazón: aquel que inspira su bondad, su grandeza, su hermosura, la piedad, en fin, que tiene para el hombre. ¡Cuán dichosos somos en esos cortísimos instantes que ocupamos en pensar en nuestra Madre y en amarla! En pos de esos instantes viene el mundo á distraernos con su enfadoso ruido: sus proyectos, sus fantasmas, sus promesas, su vida entera oprímenos el alma, y nos hace una y otra vez exclamar como San Pablo: ¡Oh, qué hombre tan infeliz soy yo! ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte (3), para ir á contemplar la hermosura de mi amada y santa Madre? ¿Quién

(1) Greg., M. in c. 1 Regum.

(2) Prov., xxv, 27.

(3) Rom., vii, 24.